

## José María Valverde

(APUNTE PARA UN RETRATO)

Este José María con frase y gesto tardos  
es como un niño grande que escribiera poemas  
sin malicia ni oficio, sencillamente hablando;  
es como un dulce pájaro que narra primaveras.

«Hombre de Dios me llamo», nos ha dicho en un libro  
escrito día a día con la fe y el acento  
de los iluminados; hombre de Dios, herido  
por necesarias dudas de corazón adentro.

Y como un niño grande, sentado en el recodo  
de cualquier sueño antiguo, su libro más reciente  
dice, verso tras verso, la espera del gozoso  
instante en que su amor una muchacha estrene.

Este es José María, de ademanes pausados,  
tal como lo conozco: un poco niño grande,  
un mucho gran poeta. Sencillamente hablando  
puede explicarlo todo: su voz cuenta verdades.

JUAN EMILIO ARAGONES

## POESIA y CONOCIMIENTO

A Isabel Romero y Sánchez - Arjona.

**S**IEPRE he pensado que la prócer función del poeta es de nobleza tan extremada que apenas si merece que se la nombre así. Un filósofo señero, el profesor Arellano, ha dictado ya una lección acabada sobre *El Arte Poético* como ocupación vital. Es indudable que la poesía, a fuerza de fuerza exclusivista, llena y rellena la vida del poeta, y colma hasta tal punto su corazón, que rebosa los vasos del trovador hasta dejarlos exhaustos y acabar con todo otro contenido que no sea la fragante melodía de las estrellas.

Por eso no puede menos de resultarnos extraña cualquier duplicidad del escritor lírico y más que ninguna su respetable oficio de crítico y profesor, cuando va avalado por verdadera vocación. Estos poetas críticos son poetas de la crisis, cantores decadentes, revelantes de la tremenda fisura aparecida en la autenticidad de la poesía.

Quizá sea en América del Norte donde con más frecuencia se da el caso del escritor que comparte el dulce coloquio de las musas con las funciones severas y beneméritas de la crítica. Basta ojear, para convencerse de ello, la *Kenynyoh Review* o la *Sewanee Review*, que nos asocian en seguida los nombres de Ransom, Tate, Brooks y Warren. Cabría preguntarse si este fenómeno es una consecuencia de lo que Norteamérica representa en el panorama general de la historia. Siendo la cultura norteamericana una prolongación de la cultura de Europa — de la crisis de la conciencia europea — nada tiene de particular que su clima sea propicio a la floración de unos poetas de invernadero, flores artificiales características de la infidelidad a la pureza inmaculada de la poesía.

La creación poética es parte integradora de lo único del mundo que no puede problematizarse, lo único que no puede explicarse — y seguimos aquí la taxología cabiana —. Así se comprende que nos llame tanto la atención a los contempladores ingenuos el que algunos poetas sean los propios comentaristas de su poesía. Es algo axiomáticamente peculiar de toda poética el carecer en absoluto de subjetividad intencional. La intención de un poema puede revelarse al lector, a quien leyéndolo lo siente; ya es más difícil que se revele al «otro», si con sinceridad procede; y es evidentemente imposible que se manifieste a su autor, ya que éste debe crearlo divinamente, con torrencial espontaneidad, en un puro juego genesiaco del sol, la luna y las azucenas.

El hecho mismo de que la lírica vaya siendo invadida y corroída por la racionalidad iluminista es el signo más alarmante de nuestra época. La expansión del poeta hacia otros campos, el de la historia,